

Entre amores y moretones. La construcción sociocultural de la mujer en Colombia y su influencia en la violencia contra las mujeres

Por Elizabeth Gómez Etayo¹

Ponencia presentada en el XVIII Congreso de la Asociación de Colombianistas
Fitchburg State University, Weston, Massachusetts, 10 – 13 de Julio de 2013

Introducción

Casi siempre que se aborda el tema de la violencia contra las mujeres se asume que, por un lado, debe penalizarse a los agresores, quienes por lo general son sus parejas, y por otro lado, debe iniciarse un gran programa de educación para transformar a los hombres violentos, pero poco se habla de la propia transformación que deberían tener también las mujeres agredidas. Luego de varios años de investigación sobre la violencia contra las mujeres en Colombia y en Brasil me pregunto: ¿qué hay en las propias mujeres colombianas, y no solamente en sus agresores, que permite la violencia contra ellas? Este planteamiento, por supuesto, resulta bastante polémico, sobretodo en círculos feministas, pero considero fundamental pensar en las formas de crianza, en los patrones culturales y en las formas de sociabilidad de las mujeres y no solamente en las de los hombres, para comprender la violencia ejercida contra ellas en Colombia.

Para pensar en este asunto me apoyo también en una perspectiva psicoanalítica², desde la cual se aporta que si establecemos vínculos simbióticos, teniendo en cuenta que las fuerzas de amor y odio, calma y conflicto, eros y tánatos, nos constituyen, podría pensarse que no existe agresor sin agredida. Es decir, un hombre agresor necesita de una mujer agredible y, por esa vía, cabe preguntarse, ¿una mujer agredible necesita también de un hombre agresor? Sin duda, es un par, es una relación, es una diada, es un asunto de dos. ¿Cómo son, pues, esas mujeres, que los hombres agresores, consideran, agredibles? Dado que no son todas las mujeres, siempre y en todo lugar, las que resultan agredidas. Ni son todos los hombres, siempre y en todo lugar, los que resultan agresores. Son un cierto tipo de mujeres y un cierto tipo de hombres, en ciertos contextos, los que componen esta relación de violencia, a la cual subyacen patrones culturales de crianza conscientes e inconscientes.

¹ Socióloga y Mg. En Sociología- Universidad del Valle (Colombia). PhD en Ciencias Sociales-Universidad Estadual de Campinas (Brasil). Actualmente Docente e Investigadora de la Facultad de Humanidades-Universidad Autónoma de Occidente. Email: egomez@uao.edu.co Blog: sociologandoe.blogspot.com

² Klein, Bion, Winnicott.

Dado que he investigado la violencia contra las mujeres en el ámbito familiar en la perspectiva de las propias mujeres agredidas y las formas de socialización de hombres agresores, quiero presentar en esta ponencia las aproximaciones e interpretaciones a la construcción sociocultural de la mujer en Colombia como una base hermenéutica que nos permita comprender por qué es posible la violencia contra las mujeres en nuestro país. Me estoy refiriendo a la violencia cotidiana contra mujeres y no a los casos extremos que terminan en muerte o lesiones permanentes.

Perspectiva culturalista y transformación cultural

Considero pertinente dotar de sentidos eso que consideramos *el mundo cultural*, para sacarlo del vano lugar de *cliché* en el que ha caído y rescatar su verdadero sentido de construcción cotidiana, es decir, en el reconocimiento de que hombres y mujeres hacemos cultura todos los días, por tanto, es posible transformar el estado de cosas en que vivimos. Ciertas prácticas de violencia simbólica y física de los Estados, de algunos individuos, de los medios masivos de comunicación, de la publicidad y el mercado frente a lo femenino, hacen pensar que la cultura es un asunto atávico, una especie de eterno padecimiento al que estamos inexorablemente condenados cuando justamente la cultura es todo lo contrario, es creación, cambio, renacimiento y nuestra posibilidad emancipadora.

Por otro lado, desde que empecé a estudiar los temas de violencia, la primera característica que hasta hoy me llama poderosamente la atención es que no podemos abordar el asunto desde un solo lugar, por eso los títulos de mis trabajos siempre hacen referencia a varias situaciones que componen un problema social. De esta forma, en esta ponencia retomo el nombre de mi tesis de Maestría en Sociología, “Entre amores y moretones”, dando a entender que tal violencia no sólo deja moretones, golpes, fisuras, fracturas, bofetadas, lesiones y hasta la muerte, sino que ha estado precedida por el amor, por un cierto amor, distinto del eros y de la pulsión de vida; seguramente un amor enfermo, como ha sido juzgado por muchos, pero en todo caso un amor que nos han enseñado en la escuela, en la familia y, finalmente, el que va de la mano de la cultura, aspecto que considero debe ser revisado en la perspectiva culturalista que me interesa discutir.

Durante el doctorado investigué la violencia contra las mujeres en la perspectiva de los hombres agresores, encontrando que no existe solamente el monstruo estereotipado, tal como fue publicitado en el caso del horroroso feminicidio de Rosa Elvira Cely, la mujer que fue violada, torturada y asesinada el año pasado (ojo con la fecha) en el Parque Nacional en Bogotá, sino que existen hombres comunes y corrientes, criados por unas ciertas mujeres también comunes y corrientes bajo el manto de una cierta cultura. En consecuencia, ellos no eran ni ángeles ni demonios, sino hombres comunes y corrientes herederos de esta cultura, y consideré importante conocer sus historias y sus puntos de vista sobre la violencia contra las mujeres, pero también sobre sus procesos de hacerse hombres, sobre su masculinidad. De esta forma, fue durante mi doctorado en Brasil donde entró en tensión el concepto de “violencia contra las mujeres”, para pensar en “relaciones de violencia entre los géneros”, tal como fue propuesto por la antropóloga brasilera María Filomena Gregori en su libro “Cenas e queixas: um estudo sobre as mulheres, relações violentas e a prática feminista” (1998).

Considero que esta perspectiva relacional ofrece una traza diferente para pensar el problema de las violencias hacia las mujeres, pues las mujeres también construyen relaciones de pareja que se vuelven violentas, es decir, la violencia en la pareja no aparece de repente y en esa historia de construcción de la relación de pareja, aupada por la cultura, las mujeres juegan un papel. ¿Cuál es ese papel? Creo que ahondando al respecto, encontraremos claves para transformar la violencia de género.

Para ello considero necesario pensar cuál es la base simbólica y cultural sobre la que se estructuran este tipo de mujeres y este tipo de hombres. ¿Cómo se siguen criando nuestras niñas y niños? Creo que ahí es donde estarían las mayores y mejores posibilidades de comprender la situación. Es en el largo camino de la cultura donde encontraremos cambios y eso implica que también les corresponde a las mujeres transformarse y no sólo a los hombres.

También considero que estas reflexiones sobre violencia contra las mujeres, violencia de género y relaciones de violencia entre los géneros, se dan, como la mayoría de las reflexiones académicas, sólo o más especialmente entre académicas y activistas, y todavía está pendiente la tarea de llegar a un público más amplio, lejano y distante de

nuestros círculos y, por otro lado, tenemos pendiente incidir más decididamente en estructuras sociales complejas como las que se soportan los medios de comunicación masivos para informar y entretener, así como las que sostiene el sistema educativo en general.

¿Cómo han sido criados los niños y las niñas en Colombia?

En los años ochenta fueron muy divulgados en Colombia los cortometrajes “Pistolas y muñecas” y “¿Y su mamá qué hace?”; en estos documentales se representaban los patrones de crianza con que se han educado generaciones enteras de colombianos y colombianas donde se presenta un modelo de mujer en el ámbito solamente doméstico y por tanto, invisible; y un hombre, en el ámbito público y por lo tanto, reconocido. Con “Pistolas y muñecas” se quiere problematizar las implicaciones de que los niños jueguen, sobre todo, con pistolas y que las niñas jueguen especialmente con muñecas. De esta forma se promueve un patrón de hombre agresivo, duro, violento, aguerrido, corajudo y arriesgado, en contraste con un patrón de mujer dulce, tierna, casera, hacendosa, amorosa, maternal, débil, dócil y doméstica. Por su parte, en el documental “¿Y su mamá qué hace?” se quiere problematizar que el trabajo doméstico, realizado especialmente por mujeres, no es reconocido como trabajo, no tiene remuneración, se considera natural y por tanto, propio de mujeres. En tal sentido, las mujeres no harían “nada”. Al respecto, vale preguntarse: ¿Estos patrones han cambiado? ¿Qué hay detrás de estos símbolos? Antes de pensar en posibles respuestas, miremos otros ejemplos de la vida más contemporánea. Detrás de toda relación de dominación es más factible que se presenten acciones de hecho que reconfirmen tal dominación o su ampliación, bien a través de la agresividad discursiva, intimidaciones o las acciones físicas como golpes, empujones y en general, lo que se conoce como violencia física.

Desde los años noventa, con la llegada de las nuevas tecnologías de información y comunicación a través de canales privados y televisión por cable, la televisión en Colombia tiene una cobertura mucho mayor, comparada con décadas anteriores. Sin embargo, los productos televisivos, a través de seriadados, telenovelas y publicidad en general, siguen siendo básicamente los mismos. En el caso del tema que nos ocupa, la mujer sigue siendo *la reina del hogar* y a su disposición se promueven productos de belleza y cuidado para ella, su familia y su casa. Si bien en Colombia las telenovelas han tenido variaciones importantes, comparadas con las mexicanas y las venezolanas, el

eje articulador sigue promoviendo un modelo de mujer tradicional. Cabe repetirse las preguntas: ¿Estos patrones han cambiado? ¿Qué hay detrás de esos símbolos?

Considero pertinente referirme a ese tipo de productos comunicacionales porque creo que su poder de penetración sigue siendo bastante significativo en los procesos de crianza y socialización, es decir, en la construcción sociocultural moderna. Si bien el sistema educativo aboga cada vez más por la equidad e igualdad entre los géneros y las familias se han transformado, también en este sentido, donde las labores domésticas son cada vez más compartidas y reconocidas, y la mujer ha ingresado al mercado laboral y al sistema educativo a lo largo del siglo XX, siendo los albores del XXI una gran esperanza en procesos de equidad, el comercio, el mercado, la publicidad y los medios de comunicación le hacen un fuerte contrapeso con los productos y modelos que promueven, con los que la mujer sigue estando sometida a la lógica, a los gustos y a los intereses de un tipo de masculinidad que se reproduce sobre la base de la dominación de lo femenino, de la mujer.

Los almacenes de juguetes de todos los centros comerciales siguen estando llenos de muñecas blancas, rubias y con bebés, y todo tipo de artefactos domésticos claramente rosados o en tonos pasteles, que promueven un modelo de mujer hacendosa, casera, maternal, débil y además, con preferencia étnica. Por otro lado, también se promueven juguetes bélicos y de aventuras, que promueven un modelo de hombre valiente y aventurero, por no decir violento. Creo que al observar la televisión en sus franjas infantiles o familiares y al visitar los centros comerciales, es claro que los patrones de feminidad y masculinidad se siguen repitiendo. Podemos ponernos de acuerdo en que esto no es absoluto, que ha cambiado y que hay diversos matices, pero el eje articulador de la jerarquía y desigualdad de género se mantiene. Si a ello le sumamos la música que se transmite por radio y los mensajes de los locutores de emisoras populares que tienen amplia cobertura, se puede constatar fácilmente que el patrón cultural de mujer sigue siendo instrumental.

Quizás todos estos aspectos señalados sean accesorios y cosméticos, es decir, enumerarlos sirve para evidenciar gráficamente cómo se presenta la situación. Es entonces pertinente indagar qué hay detrás de estos símbolos. Profundizar en los ejes articuladores sobre los cuales se estructuran patrones socioculturales del género.

Base simbólica de las relaciones violentas

Bien es sabido que los medios masivos de comunicación, especialmente la televisión, que ni siquiera las redes sociales consiguen alcanzar en su poder de influencia social, borra de un tajo lo que mínimamente pueda ser sugerido por la academia. Es decir, mientras en la academia se piensa en esta situación de la violencia contra las mujeres, la televisión sigue promoviendo un modelo de varón agresivo, todopoderoso, amo y señor del mundo, que consume y usa a discreción lo femenino y el cuerpo de la mujer; valga recordar novelas como “Pasión de gavilanes” “La usurpadora”, “La hipocondríaca” o seriados como “El cartel de los sapos”, “Pablo el patrón del mal” y más recientemente, “Los tres caínes”, que promueven, de formas sutiles y a veces vulgarmente directas, modelos de sociedad y especialmente de virilidad, contrario a lo que se esperaría en una sociedad democrática.

Encontramos en estos y otros productos comunicativos masivos un modelo de varón violento, que, por otro lado no tiene contrapeso en un sistema educativo en decadencia, que no responde a la realidad de los niños, niñas y jóvenes, que no se corresponde con la vida que vive la población escolar por fuera del salón de clases y que hace mucho tiempo dejó de ser estrategia de movilidad social, tal como se promovía en décadas anteriores. Es decir, hoy no se les puede decir a los y las jóvenes que por estudiar tendrán mejores condiciones de vida. Casos como los del mundo de narcotráfico, pero también del deporte de alto rendimiento y la prostitución de alta gama, desdican de la educación como escalera de ascenso social.

De acuerdo con este panorama, considero que la construcción sociocultural de las mujeres y de los hombres en Colombia es la base simbólica para que exista violencia de género. Sin duda es un lugar muy común al que nos hemos acostumbrado y ya lo ha dicho, en mejores términos, la antropóloga inglesa Henrietta Moore (2.000), cuando nos plantea que la violencia es marcada por el género. De esta forma, para tratar de hacer un planteamiento un poco diferente y profundizar en el asunto, me permito presentar las interfaces que he venido articulando en mi trayectoria investigativa.

El principal planteamiento que hice en la investigación sobre violencia física contra mujeres en el ámbito intrafamiliar, luego de presentar que la violencia con las mujeres es múltiple, y que difícilmente se encuentra una sin la otra, es decir, es física, sexual,

simbólica, síquica y económica, es que la violencia contra las mujeres se da en razón de su género, es decir, por el hecho de ser mujeres. A los hombres, por el contrario, los agreden y matan por otras circunstancias y en otros contextos, por atributos de clase, etnia, nacionalidad, vinculación con tráfico de armas y drogas, situaciones de riesgos quizás propias del ser hombre, pero no por ser hombre. En contraste, nacer mujer es un factor de riesgo para ser vulnerada, agredida, humillada, violada y asesinada. Reitero, que este fue el primer planteamiento que hice cuando empecé a investigar el tema.

Varios años después reflexiono críticamente sobre mi planteamiento y creo que le faltaba ubicar en contexto qué significa nacer mujer o, en gracia de la discusión y recurriendo a Simone de Beauvoir, qué significa hacerse mujer en nuestra sociedad.

Durante el Doctorado en Ciencias Sociales profundizo en los estudios de género, establezco dialogo con la antropología y con una parte del psicoanálisis para estudiar a los hombres agresores. Mis observaciones y análisis se orientan más hacia los contextos y situaciones que hacia los sujetos, es decir, no todos los hombres agreden y no todas las mujeres son agredidas, ni agredibles siempre y en todo lugar, distinto al planteamiento inicial, es decir, no por nacer mujer se tienen riesgos, sino por hacerse mujer en ciertos contextos y en cierta cultura. Creo que hacerse mujer en Colombia propicia, facilita e incluso promueve que la violencia sea ejercida contra ellas porque la mujer todavía se considera un objeto de satisfacción masculina, modelo promovido de forma arrasadora por el mercado y por un discurso publicitario que cosifica lo femenino y a la mujer al reducirla a estereotipos promovidos desde las lógicas masculinas: tener y cuidar hijos, cocinar y atender al esposo, y cuidar sus cuerpos esbeltos y torneados, gracias a extenuantes jornadas de ejercicios en gimnasios.

Creo que las mujeres en Colombia tenemos que aprender a leer con mayor profundidad y precisión los distintos contextos de riesgo para garantizar el bienestar y la integridad personal, ya que ni el Estado ni la cultura lo garantiza. Sé que este aspecto genera bastante polémica. Trataré de argumentarlo. Así como varios expertos en el tema de violencia política han argumentado que acabar con la guerra en Colombia habría sido muy fácil si se hubieran atendido las demandas sociales de la población más pobre, más apartada, más vulnerable, más marginal, de forma que las desigualdades sociales no sean combustible para la guerra, así mismo creo que a los violentos hay que dejarlos sin

piso en todos los aspectos, especialmente en la vida privada e íntima. Dejar a los agresores sin base cultural es más difícil, porque es invisible.

Proceso civilizatorio y cambio cultural

Dicho de otra forma, el proceso civilizatorio que hemos alcanzado va todavía por este camino: aquí algunos hombres agreden a algunas mujeres, pero no es a todas, hay que identificar cuáles son esos aspectos que harían agredible a una mujer, quizás la marcada sumisión, pero sobre todo la concepción de que la mujer es objeto y no sujeto, es decir, la mujer puede ser usada, ya que ella no es autónoma, la mujer puede ser violentada, maltratada, humillada, atacada y hasta asesinada porque no tiene el mismo estatus social de aquel que la agrede, pero lo peor de esta situación es que las propias mujeres han sido educadas en el mismo registro simbólico de esos que las agreden, es decir, agresores y agredidas comparten un universo cultural, y ellas aceptan tal situación o no se atreven a controvertirla porque no se sienten con argumentos o fuerza para ello.

Como lo planteó Miguel Lorente en su libro “Mi marido me pega lo normal” (2003), muchas mujeres creen que cierto nivel de violencia es aceptable en sus relaciones de pareja, ignorando que esos pequeños insultos se van transformando en lesiones y quizás llegan hasta la muerte. ¿No lo sabían? ¿Qué hace falta para que una mujer advierta una situación de riesgo y no corra peligro? Mientras los violentos aprenden a no ser violentos, las *violentables* tienen que aprender a no permitir contra ellas la violencia, a huir a tiempo de los sitios de riesgo, a no exponerse, a no retar cuando no tiene toda la fuerza para hacerlo. A cuidarse. Pero nuestra cultura enseña todo lo contrario: aguante, intente, comprenda, espere, transforme, no huya, soporte. Esto es algo que se aprende sutilmente desde niñas. Creo que los juegos infantiles tienen una clara influencia en ello. Las niñas no tienen que jugar con pistolas, como los niños tampoco, pero sí creo que ellas deberían jugar menos con muñecas y más en los árboles, aprender de juegos que le reporten aventura, coraje, fuerza, agilidad, sobre todo mental y construir otro registro simbólico donde se consideren un par de los niños, para que siendo adultas sean un par de los hombres, y no su costilla. En esto, las madres tienen la gran responsabilidad de promover y permitir ese cambio.

Todavía nuestra sociedad no reconoce la otredad, no reconoce la diferencia, ese es el estado de nuestro proceso de civilización y mientras esto sea así, mientras los violentos

aprenden a no ser violentos, entonces tenemos que darles herramientas a las posibles víctimas para que se consideren un sujeto de derechos, identifiquen situaciones de riesgo y de ninguna manera crean que la pueden soportar. En una consigna del movimiento de mujeres mexicanas, rezaba: *¿qué sociedad es esta que invita a las mujeres a protegerse en vez de invitar a los hombres a no agredir?*, algo así, en un principio estuve totalmente de acuerdo con ella, ahora lo estoy parcialmente, es decir, creo que son las dos cosas, tanto a los agresores hay que educarlos para que no agredan, como a las mujeres hay que educarlas para no ser agredidas³.

Los juegos infantiles, ahora reforzados por los videojuegos, siguen promoviendo un modelo de varón agresor, agresivo, violento, resentido, que tiene que demostrar permanentemente su virilidad, fuerza, coraje, valentía, características que fácilmente se transforman en distintas formas de violencia. Todos los dispositivos comunicacionales y publicitarios empujan hacia ese camino. Por supuesto que hay hombres diferentes, por supuesto que no todos los hombres agreden, pero esos que sí lo hacen son hombres comunes y corrientes, así los ha educado esta cultura, juegan a hacerse hombres a través de la fuerza y la ostentación, y las niñas juegan a hacerse mujeres a través de sus encantos y trucos de seducción. Esa, considero, es la base simbólica que debemos transformar desde la cultura para que no alimente las relaciones de violencia entre los géneros donde generalmente las mujeres, o todo aquello que represente el género femenino, son agredidas.

Al cambiar estos modelos de masculinidad y feminidad, se transformarán también las relaciones de violencia entre los géneros y en consecuencia las distintas violencias basadas en género. Situaciones que se soportan no solamente por bienestar material, sino por el estatus que da en nuestra sociedad ser una mujer casada, estar comprometida o vivir con un hombre, en todo caso, no ser soltera. Distinto es cuando dos seres humanos se juntan, se encuentran, se dan cita para compartir la vida o un tramo de ella, como dos sujetos libres, autónomos, dotados de sentidos y en igualdad de condiciones, que toman decisiones y son adultos, en el sentido pleno de la mayoría de edad, es decir,

³ Ejemplo: si una mujer vive en un pueblo colombiano sitiado por cualquiera de los grupos armados legales e ilegales de cualquier tendencia ideológica y que por razones que escapan a nuestras posibilidades de transformación inmediata, y tales grupos imponen unas reglas de juego en la vida diaria, tal estado de cosas no se cambia desafiándolo, retándolo, probándolo, y mientras esa situación no se transforme, las mujeres no pueden ignorar el peligro inminente. Nota de la autora.

mental y/o psíquico, lo que vemos es que todavía la mujer en Colombia ha sido educada para completarse totalmente al tener un hombre al lado y esto hace que las relaciones de pareja que establezcan tengan como imperativo implícito: mantener la relación de pareja a como dé lugar. Tenemos una cultura que educa a las mujeres para ser buenas amas de casa, buenas esposas y buenas madres, y ahora, además buenas profesionales para que articulen con maestría sus distintos papeles.

La propuesta

Necesitamos con urgencia construir un nuevo modelo cultural de sociedad, de masculinidad y de feminidad, que no copie viejos y desgastados esquemas masculinos sino que construya otros tipos de sujetos y de relaciones. Hay que buscar un nuevo modelo cultural de masculinidad que reconozca la otredad y la feminidad. Esa masculinidad proactiva y viril, quizás ya no sea el estereotipo de protección y proveeduría, pero sí de supremacía sobre las mujeres y al ver que distintos lugares antes ocupados por ellos, son ahora ocupados por ellas, los hombres van quedando en un no-lugar, en un vacío de poder; y esas ausencias pueden estar generando nuevas formas de violencia. Es un contrasentido permanente. Por un lado, la sociedad exige y la cultura promueve que el hombre sea agresivo y que siga demostrando virilidad y cuando lo hace al extremo y llega a ser violento, es juzgado por sus actuaciones. Una contradicción permanente y vedada. Es decir, todavía hoy nuestra cultura y nuestra sociedad educa a los niños y jóvenes para que sean violentos, distintas investigaciones sobre socialización masculina en América Latina dan cuenta de ello. Sin embargo, cuando crecen y de hombres se corresponden con ese modelo violento de ser hombres, aparece todo el dispositivo de justicia a decirle eso es delito.

Se requiere construir nuevos modelos de masculinidad que no se centren en la fuerza física, en la virilidad y en la demostración u ostentación de poder y de fuerza. Se necesitan *nuevos* hombres, pero para esos *nuevos* hombres, también es necesario que existan *nuevas* mujeres. Quizás la violencia de género, como las distintas formas de violencia, sean propias de las relaciones sociales, pero el actual estado de cosas podría transformarse en una vida menos dolorosa si se adoptan nuevos modelos de feminidad y de masculinidad y creo que las mujeres tienen grandes posibilidades de incidencia ya que esta cultura les ha depositado la responsabilidad principal de criar, entonces, podrían criar de una manera diferente.

Bibliografía:

1. **GÓMEZ ETAYO**, Elizabeth. “Entre amores y moretones. Violencia física contra mujeres en el ámbito intrafamiliar”. En: Revista La Manzana de la Discordia. Diciembre, 2005 – Año 1, No. 1. Editorial Universidad del Valle, Cali. Pp. 71-90.
2. **GREGORI**, Maria Filomena. Cenas e Queixas: Um estudo sobre mulheres, relações violentas e a prática feminista, Paz e Terra, São Paulo, 1998.
3. **MOORE**, Henrietta. Fantasias de poder e fantasias de identidade: gênero, raça e violência. Em: Cadernos Pagú (14), 2000.
4. **LORENTE-ACOSTA** Miguel. Mi Marido me pega lo normal. Agresión a la mujer realidades y mitos, Barcelona: Editorial Ares y Mares, 2001